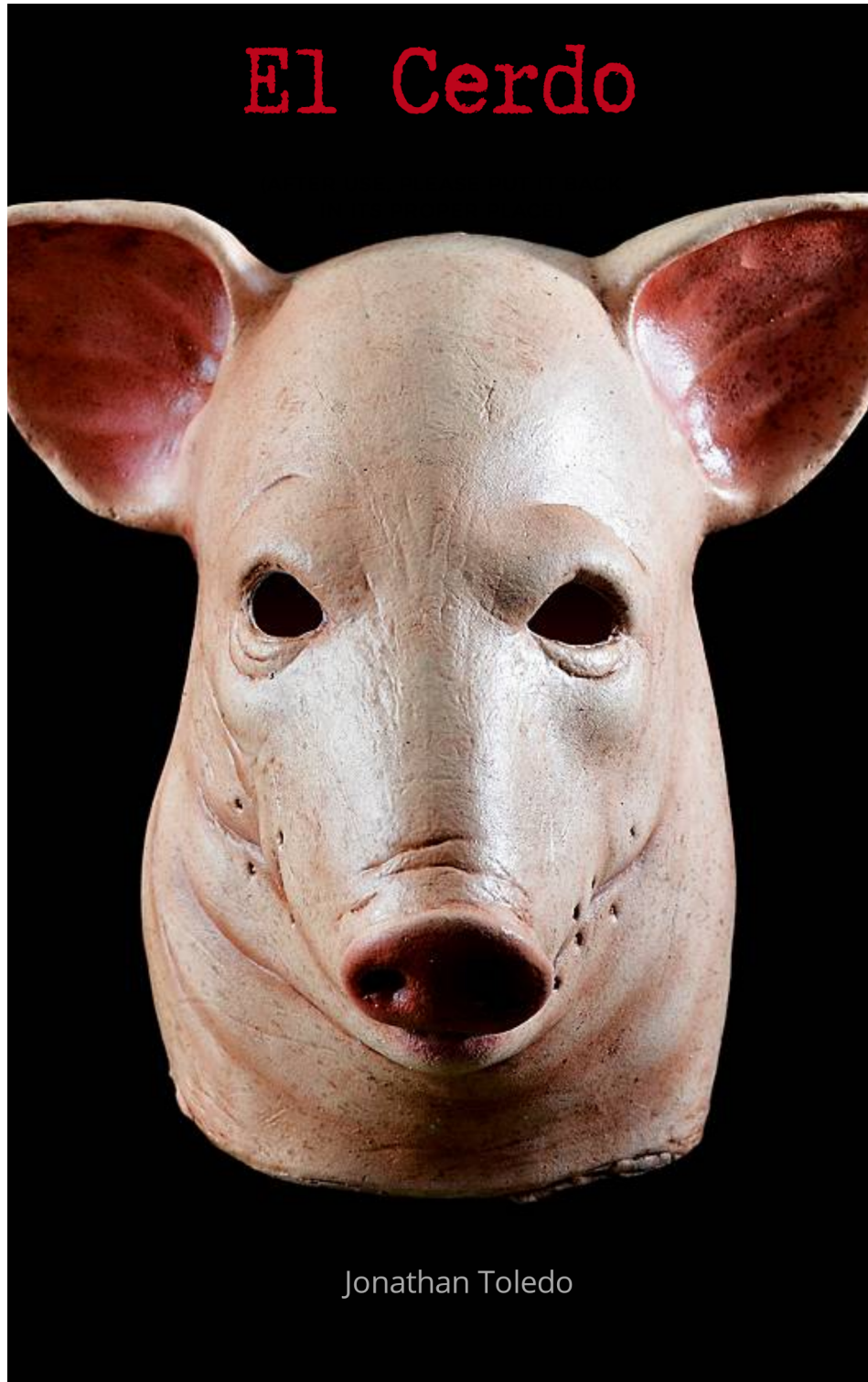


# El cerdo

Jonathan Toledo



# Capítulo 1

## El cerdo

Gotas de sudor frío le corrían por el rostro. Sus ojos parecían salirse de sus cuencas y su boca estaba entreabierta en una expresión de perplejidad. Estaba mirando el monitor que tenía enfrente. Allí figuraba un listado de nombres, entre ellos el suyo, Fernando Cabrera.

Miró a su alrededor. No había nadie, pero no tardarían en darse cuenta. Quizás incluso ya lo habían hecho pero no estaban seguros de cómo proceder. Tenía que salir de ahí.

El edificio de las oficinas, no más que un macizo de cemento abandonado, se encontraba en penumbras. Escuchó voces provenientes del pasillo, el único que daba al exterior.

—No creo que sea necesario todavía. —la voz sonaba deformada por el nerviosismo pero Fernando pudo reconocer a Franco, Ejecutor Senior.

— ¿Y en qué momento? Se dio así, nunca va a ser el momento perfecto. ¿Vos podes hacerlo hoy?—respondió la voz rasposa de Federico.

—No creo, además estoy cansado.

—Lo sé. —continuó Federico y añadió—Pero debería ser hoy. Él sabe que su nombre apareció en la web y no es boludo, no nos va a creer si le decimos que vamos a dejarlo pasar, se va a ir cagando del país.

—No puedo creer que este pelotudo manipuló los resultados ¿Qué pensaba? ¿Que la gente no se iba a dar cuenta?

—Vos sabías que esto se podía dar así, no me digas ahora que te tomó por sorpresa. —sonrió— El tipo siempre fue un usurero, tarde o temprano iba a caer por eso.

—No puede ser hoy, no está programado, hay que hablarlo antes.

—No quiero que discutamos ahora. La verdad, me tenés las bolas llenas con tus vueltas. No queda otra. Se nos va a rajar. Tiene que ser esta noche.

— ¿Y con qué máquina?

—Con la nueva, la de las cuchillas.

— ¿Eh? ¡Sos un animal! Es el jefe, te dio de comer todos estos años, hijo de puta.

—Ya está. Lo hago yo. Vos lavate las manos, como Pilatos.

Fernando se metió adentro de su oficina. Miró a su alrededor. No había forma de esconderse, no había forma de salir. Solo quedaba una opción: pasar por ellos.

Había pasado tiempo desde que se dedicase a las ejecuciones, en esa época solo era un negocio de mala muerte para clientes sádicos y adinerados. Pero todavía sabía de lo suyo. Rompió la vitrina en donde guardaba su equipo como un trofeo de los tiempos antiguos. Se puso la máscara de cerdo y encendió la motosierra. Era hora del show.

Los hombres lo escucharon y lo vieron venir. Pero la sorpresa de ver a esa criatura hombre-cerdo los paralizó. Federico cayó primero, la motosierra entró por su abdomen y subió revolviendo sus tripas. La sangre inundó el pasillo y salpicó a Franco. Este reaccionó y sacó un revólver. La bala impactó en el hombro del cerdo pero el retroceso desestabilizó al tirador y lo hizo caer. Ahora ambos hombres estaban en el piso. Una silueta se levantó con dificultad, tomó la motosierra y acabó con el caído; luego salió renqueando. Era Fernando.

Afuera estaba la plaza donde se montaban los shows. Todo simulaba un parque de diversiones: las grandes máquinas pintadas de colores brillantes, los reflectores, las luces de diversos colores, la música. Todo estaba dispuesto para albergar grandes cantidades de espectadores ya que el juego se había vuelto masivo a medida que ganaba popularidad. De hecho, por eso se comenzó a implementar el sistema de puntos. Si una figura pública despertaba el odio, alguien la proponía escribiendo su nombre en la página web. Luego la gente votaba, quien tuviese más votos era el ganador. Con este método se habían ejecutado a funcionarios corruptos, empresarios y criminales puestos en libertad en grandes espectáculos.

Ese día recién abrían y la atracción principal, la ejecución pública de los sábados, no sería sino hasta la medianoche pero ya estaba lleno de gente entretenida con divertimentos menores. Estaba el Museo de Cuerpos, la Casa de los Espejos, la matanza de cerdos con máscaras de políticos, montañas rusas, tortura a muñecos vudú, casa de recuerdos, entre muchos otros.

La salida del edificio de las oficinas desembocaba directamente en frente del corral donde tenía lugar la matanza de los cerdos. Los chillidos porcinos llenaban el ambiente. Los niños corrían exaltados y sus padres no se quedaban atrás; era entretenimiento para toda la familia. Ya habían cazado varios animales y algunos ya los estaban abriendo con los cuchillos

de carnicero.

Fernando comenzó a caminar, deseando no atraer muchas miradas. Pero cuando vieron al gran cerdo-hombre todos se quedaron callados y entendieron. El parque se ponía mejor cada día. Sonrieron y se abalanzaron sobre él.